



## El sol tiene hambre

El cuerpo del perro de ayer ya está seco. Los autos ya ni cuenta se dan de que este existe. Es la única cosa parecida a una sombra bajo el sol del mediodía. El sol quema, tiene hambre. A todas horas hay autos, pero a esta hora es cuando más perfectos son. No son tan lentos como para aburrir, pero tampoco son tan rápidos como para olvidarlos. El sol me ha ido botando el pelo con los años. Pero no importa qué haga, no puede quitarme esta poca banqueta que me queda. Ya no siento mi mano cuando se extiende. Recuerdo que existe cuando le caen las monedas.

Los autos pasan y con el humo cubren las piernas de las mujeres. No les digo nada porque no lo necesito. Solo veo sus piernas y la carne de los muslos que se pierde bajo la sombra de la falda. Las mujeres blancas son las que tienen las piernas más bonitas cuando pasan entre el esmog. El sol le prende fuego al pavimento y este se evapora. La lluvia negra nunca cae. Todos los días muere un perro. Siempre corren a través de la calle con una estúpida esperanza en el rostro. A veces los veo venir, otras veces los veo irse. Pero siempre mueren y siempre apestan a mediodía.

Yo solo soy un poco más que un perro. Mi superioridad es consecuencia de nunca tener esperanza. Solo espero, como siempre, bajo el sol. Espero que todo lo que necesito suceda y siempre sucede. Como, por lo menos, una vez al día. Siempre guardo un poco de dinero para algún día embriagarme. Al mediodía todos van a comer y más de alguien me termina dejando sobras o la mitad de un pan mordido. Mi lengua se entrecruza con el recuerdo de la lengua de otro. Es como un beso, creo yo, de esos besos que terminan en sexo. Nunca he tenido sexo más del que ocurre entre el sol, el pavimento y yo. Me masturbo, pero no pasa nada, no siento nada. El sexo no debe de ser la gran cosa, he visto perros cogiendo a media calle y se mueren de todas formas. Después del sexo siempre vienen los niños. Esos pequeños vestigios de esmog que están a mi altura cuando pasan bajo el sol. Los niños ven a los perros porque ellos sí dan lástima, yo no les causo nada en absoluto. Nadie tiene sombra al mediodía, solo yo y mi sombra vive sobre lo poco que me queda de banqueta.

El mediodía se va a acabar y ningún perro se ha muerto. Solo queda ese pequeño pasto café que hace un día aún era un perro. Ahora no es nada porque nunca ha sido nada. El sol arde, me quema, me dice que tiene hambre. He tenido la misma piel siempre. A veces, por algunos años, la he confundido con el asfalto. En la noche, cuando solo queda el rumor rojo de las quemaduras que dejó el sol, me confundo con el asfalto, con las sombras de las putas que pasan frente a mí y con la sombra de quienes van a violar a las putas. No conozco mi rostro, aunque, de todos modos, todos los rostros son casi iguales. Nunca he pronunciado una palabra importante, solo lo que todos tienen que decir. El aroma del mundo, de los alientos, del sudor evaporado es el mismo: todo huele al esmog. Todos los cuerpos están hechos con el vapor triste del asfalto y de todos los perros que se han esfumado como pasto y gasolina.

El mediodía casi acaba. El sol empieza a caer hacia un costado. El sol es un ojo que nunca parpadea, por eso arde. El sol les hace el amor a todas las nubes y luego llueven. El sol me quema porque me ve y quiere que me haga una nube para que me pueda hacer el amor. Hoy no ha muerto ni un perro y, probablemente, tampoco ha muerto nadie en el mundo. Solo los perros mueren en la inmensidad de la calle, entre los infinitos e irrepetibles autos, a través de las jugosas y múltiples piernas.

Siento, al fin, mis piernas. Los cuerpos se mueven solos. El mío anda, con cuidado, como si fuese un perro, hacia el frente. Mis manos nunca habían tocado el pavimento al final del mediodía. Es tan frío y tan lejano como las piernas de las mujeres blancas. Mi cuerpo anda y yo inevitablemente le sigo. A esta hora los autos son perfectos, ni tan lentos ni tan rápidos. Mis manos tocan por primera vez el pavimento, se despide un recuerdo de esmog, recuerdo a miles de autos, a miles de perros hechos vapor. Ahora, soy un perro que ve el otro lado de la calle. Antes tan absurdo, tan mítico, tan cercano a dios. Pero ahora, el otro lado de la calle es mío. Mi cuerpo camina y yo voy con él. Por un lado, escucho un sonido que nunca había escuchado. Luego, siento un calor que nunca había sentido. El sol tenía hambre, es cierto.

Marcos Antonio Gutiérrez Suárez